

NUEVAS NOTICIAS  
DEL SEÑOR BELLO





Estaba fría y húmeda. Olía a podredumbre. Grandes gotas de agua caían del techo y salpicaban al chocar contra el suelo de piedra. Y cuando la puerta se cerró suavemente detrás de Max, la oscuridad lo invadió todo. Dicho de otro modo, la situación no resultaba precisamente agradable.



¿Y quién era el culpable de que Max y el señor Bello caminaran sin rumbo en la oscuridad y las telarañas húmedas se hubieran enredado en sus cabellos? ¡El señor Bello! ¿Quién si no?

Al ver que nadie abría la puerta, el señor Bello rodeó la casa, en cuya parte trasera había descubierto una puerta de metal polvorienta, y la abrió de forma brusca. En el interior, una escalera de piedra descendía muy empinada.

El señor Bello olfateó y dijo:

—¡Huele a múho!

Y diciendo esto, comenzó a descender los escalones.

—¡Señor Bello, vuelve aquí! —gritó Max.

—El señor Bello sólo quiere ver lo que hay ubajo —respondió sin mirar.

Max no tuvo más remedio que seguirlo.

—¿Y por qué no hacemos lo que suelen hacer las personas normales cuando nadie responde a la puerta? —gritó Max.

El señor Bello se detuvo y preguntó desde abajo:

—¿Qué hacen las pursonas normales?

—Las personas normales se marchan cuando no hay nadie y regresan otro día —respondió Max.

El señor Bello esbozó una sonrisa irónica y dijo:

—Pero el señor Bello no es una pursona normal.

Y diciendo esto, continuó descendiendo los escalones.

Tenía toda la razón. El señor Bello no era en absoluto una persona normal. A fin de cuentas, alguien que antes ha sido un perro no puede denominarse una persona normal.

Precisamente por eso, ahora que hablamos de alguien que en otra época fue un perro, deberíamos comenzar la historia desde mucho tiempo atrás.

En primer lugar habrá que relatar quién es Max, quién es el señor Bello y lo que sucedió con el elixir azul.

¡Lo mejor será que el propio Max cuente su historia!



## LA HISTORIA PREVIA



Mi padre se apellida Teobromino. No tiene nada de extraño, pues, que os diga que yo también me apellido Teobromino. Mi nombre completo es Max Teobromino. Tengo doce años y normalmente voy al colegio como cualquier otro doceañero, si bien en los últimos días no ha reinado precisamente la normalidad en nuestra casa. El culpable de ello es mi amigo el señor Bello, pero a veces no queda más remedio que ayudar a nuestro mejor amigo. Es más importante que escuchar una clase de biología aburrida del señor Biotipo o cantar un canon con la señora Melopeya, nuestra profe de música.

Pero volvamos a mi padre. Por supuesto, tiene también un nombre de pila, aunque prefiere omitirlo, pues los niños se burlaban de él cuando iba al colegio. Papá me ha contado que siempre le gritaban «Pipí Teobromino». Su nombre de pila es Pipino, como un antiguo emperador alemán.



Papá y mamá se divorciaron hace muchos años. Mamá vive ahora en Australia.

Papá es farmacéutico. Es dueño de la farmacia Teobromino que hay en la calle de los Leones. Y allí, en la farmacia, es donde comienza la historia.

Un día una extraña anciana entró en ella y le entregó a papá una botella con un líquido azul. Parecía muy misteriosa y dijo que aquel elixir lo había inventado el abuelo de papá. En resumen, creímos que el elixir azul del bisabuelo era un fertilizante milagroso, pues al verter medio vaso en el macetero de nuestro pequeño limonero, éste se convirtió en un mandarino de casi dos metros en un solo día. Un rabanillo rojo se convirtió en un rábano blanco gigantesco y las cebolletas del alféizar de la ventana crecieron hasta rozar el techo de la habitación





un instante después de regarlas con medio vaso de líquido azul.

Y entonces llegó la noche que nunca olvidaré, aunque cumpla cincuenta o cien años.

Me encontraba con mi perro Bello en la planta baja de la farmacia. La botella con el líquido azul estaba en la rebotica, encima de la mesa del laboratorio de papá. La golpeé sin querer, la botella se cayó al suelo, se rompió y Bello comenzó a beber el líquido a lengüetadas.

—¡No, Bello, no! —grité—. ¡El fertilizante puede ser tóxico!

Pero era demasiado tarde. El cuerpo de Bello comenzó a emitir ruidos extraños, como cuando crujen los huesos. Luego creció y creció, se alzó sobre las patas traseras, cada vez más largas, su pelaje desapareció, sus patas delanteras se convirtieron en manos con dedos, su hocico se volvió más pequeño, como queriendo encajarse en la cabeza, y, en resumen, delante de mí apareció un hombre que llevaba puesto el collar de Bello y del que colgaba una correa. Éste me observaba con la misma

perplejidad que yo a él. El líquido azul había transformado a Bello en el señor Bello.

Papá se quedó tan asombrado como nosotros cuando le presenté al señor Bello y le conté lo sucedido. Habría preferido deshacerse del señor Bello de inmediato, pero no se lo permití. En primer lugar, el señor Bello había sido *mi* perro. Por tanto, el señor Bello era ahora algo así como *mi* persona. Y, en segundo lugar, enseguida se convirtió en mi mejor amigo. Me defendía cuando otros niños intentaban meterse conmigo. Una vez agarró del cuello y zarandeó a Roberto, un chico de mi clase, cuando éste quiso propinarme una paliza. Además, disfrutaba de lo lindo en compañía del señor Bello. Resultaba, por ejemplo, muy divertido comer con él. Sus costumbres eran tan estrambóticas que, en contraste, mis modales en la mesa parecían de lo más elegantes. Y, además, ya no tenía que comer solo a mediodía como solía hacer antes.



Cuando regresaba del colegio, la mayoría de las veces papá se encontraba en la planta baja, atendiendo a los clientes o elaborando alguna fórmula. Siempre preparaba mi almuerzo y me dejaba una nota en la mesa de la cocina: «¡Sólo tienes que calentar la pasta en una sartén!» o «¡¡¡Pon la salsa de la carne en el microondas cuatro minutos!!!».

Desde que el señor Bello comía conmigo a mediodía, todo sabía mejor. A veces ni tocábamos la comida de papá, sino que preparábamos platos especiales. Por ejemplo, una pizza con tres ingredientes (salami, jamón y salchichas vienas) aderezada con un toque de ketchup.

Con el señor Bello se podía hablar de todo. Le hablaba del colegio y él me contaba historias sobre su vida de perro, en especial de una perra collie de pelo rojo. Una perra con pedigrí que respondía al nombre de Adriana Tisú. El señor Bello se tumbaba en la alfombra mientras yo me sentaba en el sofá junto a él con las piernas apoyadas en el respaldo. Al señor Bello no le agradaba sentarse en el sofá y odiaba las sillas. No se había deshecho del todo de sus costumbres perrunas, por mucho que papá y yo lo hubiéramos intentado. Lo que más le gustaba era tumbarse debajo de la mesa y dormir en la vieja alfombra, y seguía olfateándolo todo exhaustivamente.

Por una parte fue sorprendente lo rápido que logró aprender a hablar el lenguaje humano, pero era incapaz de pronunciar bien algunas palabras por mucho que se las repitiéramos. Aunque quizá no deseaba hacerlo, pues a veces sucedía que, en una frase, por ejemplo, decía «importante», en la siguiente «impurtante» y en otra

«umportante». Tampoco conocía el significado de muchas palabras, aunque nunca lo confesaba; era demasiado orgulloso para hacerlo. Siempre actuaba como si lo entendiera todo.

Sí, y entonces llegó el día del gran shock.

No teníamos ni idea de que el efecto del elixir azul duraba sólo una o dos semanas. De pronto, sin previo aviso, el señor Bello volvió a convertirse en el perro Bello.

Y ahora ha llegado el momento de hablar de dos mujeres. Una muy, muy agradable y otra muy, muy caprichosa.



La agradable se llama Verena Celeste y ahora vive con nosotros. Es la nueva novia de papá, y piensan casarse pronto.

La caprichosa se llama Adriana Tisú. Era la novia del señor Bello y vivía encima de nosotros, en el antiguo piso de Verena. Sin embargo, ahora se ha convertido de nuevo en una perra.

¡Pero vayamos por partes!

En cuanto Verena Celeste se hubo mudado a la buhardilla que había encima de nuestro piso, me di cuenta de que papá se había enamorado locamente de ella. (De Verena, me refiero, no de la buhardilla.)

Verena me ha contado que ella también se enamoró enseguida de papá. Cuando dos se quieren, uno presupone que de inmediato se convertirán en pareja. Pero durante mucho tiempo no fue así, pues todo se complicó sobremanera.

Verena había conocido al señor Bello durante una cena en nuestro piso. Cuando el señor Bello volvió a transformarse en perro y papá le dijo a Verena que aquel perro era el mismo señor Bello que había conocido en nuestro piso, al principio pensó que estaba bromeando. Pero al ver que papá seguía aseverando, con gesto cada vez más serio, que el perro había sido una vez persona, pensó que le estaba tomando el pelo. Se enfadó y dejó de hablar a papá.

Papá y yo sabíamos que si el perro Bello volvía a transformarse en persona, en el señor Bello, en su presencia, ella comprendería que papá no había mentido. Pero la botella con el elixir azul se había roto.

Entonces recordamos que la anciana que había traído el elixir había comentado que aún conservaba una botella en la nevera. Así pues, fuimos en su busca y encontramos su casa. Pero entretanto la anciana había fallecido. Decepcionados, estábamos a punto de regresar a casa cuando su vecino apareció y nos hizo entrega de la botella con el elixir azul. Nos contó que, antes de fallecer, la

anciana le había encargado dársela al farmacéutico Teobromino.

Así conseguimos el elixir y acordamos llevar a cabo la metamorfosis de Bello delante de Verena. Pero el perro se negaba a beber del elixir azul. No deseaba volver a ser persona, pues se había reencontrado con su viejo amor perruno, la perra collie Adriana.

Fui yo quien encontró la solución al problema. Esto puede sonar muy ostentoso por mi parte, pero no lo es. Cuando pienso en Adriana y en lo que le ha hecho al señor Bello, creo que mi propuesta no fue demasiado acertada.

Hablé a solas con el señor Bello, pues papá no debía enterarse de nada, y le susurré al oído:

—¡Por favor, bebe el elixir y conviértete en persona!

Bello sacudió la cabeza. Desde que se había transformado en persona, comprendía el lenguaje humano aun cuando se hubiera vuelto a convertir en perro.

—Escúchame con atención y deja de sacudir tu terca cabeza de perro —le dije—. Después, transformado en persona, te llevarás un pequeño cuenco con elixir azul al parque, donde Adriana suele pasear con su dueño.

Bello levantó entonces las orejas y escuchó atentamente. Enseguida comprendió mis intenciones.

—Los perros siempre tienen sed —dije.

Bello asintió con energía.

—Sedúcela para que se acerque a ti.

Bello bajó la cabeza y me miró con gesto interrogante.

—Bueno, piensa que en ese momento serás una persona y le dirás «¡Ven, perrita, ven, ven!» o «¡Adriana, mira

qué comida tan rica, qué rica!» o algo así. Tú sabes mejor que yo cómo tratar a los perros. Adriana irá hacia ti, beberá del cuenquito y después...

No necesité decir nada más. Voluntariamente, nos acompañó a papá y a mí al piso de Verena y allí llevamos a cabo la metamorfosis de Bello. Ella se quedó aún más petrificada que yo en su día. Realmente se asustó cuando el perro apareció de pronto delante de ella transformado en persona. Y en ese mismo instante comprendió que papá no había mentado.

Más tarde, cuando Verena y papá celebraban su reconciliación en nuestra casa, alguien llamó a la puerta. Era el señor Bello, que venía acompañado de una señora pelirroja que presentó como su novia, Adriana Tisú.

Al principio papá no se dio cuenta de quién era aquella señora. Sólo dijo que el señor Bello no podía dormir con su novia en la alfombra de mi cuarto como había hecho hasta ese momento.

Pero también se me ocurrió una solución para aquel problema, y pregunté:

—¿Qué os parece? La señora Celeste, es decir, Verena, podría mudarse aquí con papá y conmigo. Y el señor Bello y su novia podrían vivir en el segundo piso, pues se quedaría libre.

Y así sucedió. Al menos, algo parecido.

Ésta ha sido la historia previa.

Ahora tengo que contar lo que sucedió con el señor Bello y su novia Adriana.